

Giordano Bruno y el Aretino

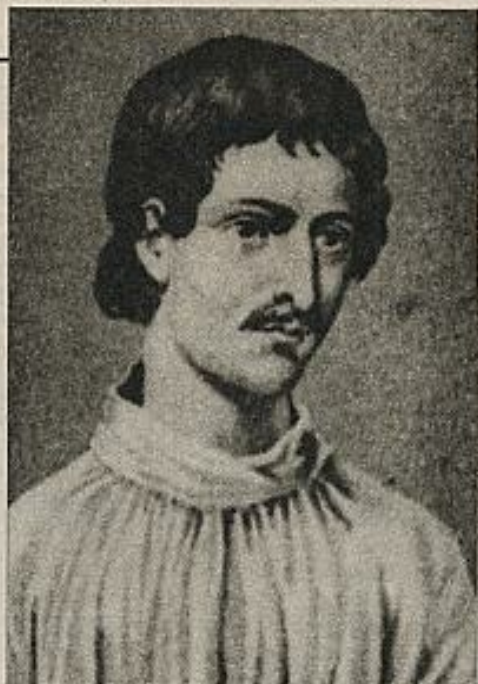
Leo con estupefacción la vida de Giordano Bruno (en el librito de J. M. Gardair sobre los escritores italianos). Fue espantosa. Perseguido una primera vez, huyó de Nápoles; y de Roma, la segunda vez. Apenas convertido al calvinismo e instalado en Ginebra, hubo de abandonar también esta ciudad, rechazado por sus nuevos correligionarios. Llamado a París por Henri III, la reacción católica le obliga a refugiarse en Inglaterra (cuarta huida). Las autoridades oxonianas le son también hostiles; por eso parte hacia París, de donde huye para escapar del duque de Guisa. Entonces se refugia en Alemania. Sospechoso de calvinismo a ojos de los luteranos, huye por séptima vez y vuelve a Italia. Allí, traicionado por su anfitrión, es entregado a la Inquisición y encarcelado; al término de un proceso interminable de siete años, es condenado; con la lengua trabada por una mordaza que le impide blasfemar, desnudo, atado a un poste, es quemado vivo. Todo ello por haber pensado y escrito; al cabo de casi cuatro siglos (todo ocurrió hacia 1600), poco importan los hechos concretos; queda sólo lo que Michelet llamaba la triste y salvaje historia de los hombres.

El personaje principal de esta historia es la bestia inmunda del dogmatismo (llamo así a la colusión efectiva de una idea y un poder). Bruno fue perseguido por los dogmatismos simultáneos de su tiempo: herético, para los católicos; liberal, para los calvinistas; calvinista, para los luteranos, no hizo más que perder en cada una de las casillas del tablero. Pero algo tal vez más perverso aún, la naturaleza sistemática de sus desgracias, la regularidad de sus excesos, daban a su vida algo de melodramático: Bruno se transforma en algo así como la Madre Nutricia de la libertad de pensamiento.

Para impresionar, más vale una desgracia bien elegida que una serie ininterrumpida de proscipciones. Lo que ha dejado en mí esta lectura no es tanto la representación de un continuo vagar cuanto la imagen final de ese hombre desnudo, encadenado, conducido a un atroz suplicio con una mordaza en la boca.

LA OSCILACION

Leída en el librito de Gardair la vida del Aretino. A la muerte de su protector, León X, irá de ciudad en ciudad a buscar y quizá también a ma-



quinar (es ése el punto interesante) nuevas protecciones. Por ejemplo, propone sus servicios al mismo tiempo a Federico Gonzaga y al cardenal Julio de Médici. "De esa forma —dice Gardair—, se dedica ya, mediante vacilaciones calculadas (el subrayado es mío), a volcar en su favor la tradicional dependencia de los hombres de letras respecto del mecenazgo de los príncipes". ¡Cómo me gustaría encontrar un libro (a falta de escribirlo yo mismo) en el que se me recordase (en forma de gran travesía histórica) las relaciones del escritor, del poder y del dinero! ¿Acaso el escritor se halla siempre en dependencia (de una autoridad, de una economía, de una moral, de un superyo colectivo, etc.)? ¿Acaso la escritura es políticamente perversa? El "libro de las tretas" podría llamarse ese nuevo manual de literatura, si ese título no estuviese ya comprometido.

COMPRENDER

Un escritor de edad puede sentirse abandonado por su época; pero su dolor no procede de su soledad; viene de una hiperpotencia amortiguada por el ruido del mundo que le olvida y que él, no obstante, sigue calando con penetración. "¡Lo comprendo todo!", exclama con una mezcla de embriaguez y amargura. ■ ROLAND BARTHES. TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

ingenuamente en tentaciones simplistas que tan fácilmente pueden atraer, en este momento de desesperanza, a muchos españoles que quieren tirar por la calle de en medio al contemplar las dificultades que tenemos para hacer el paso de la dictadura a la democracia en nuestro suelo.

Nos hace falta más ideal, más utopía; pero, eso sí, enraizada en la realidad. Ni pragmatismo sin ideas, ni abiertos ideales sin concreción. Y, sobre todo, un realismo más claramente progresivo para no ser ingenuos y no caer en el oportunismo del momento.

■ E. MIRET MAGDALENA.

MUSICA

La demostración de los tres guitarristas

Ante la creciente individualización de las voces que dominan en el "jazz" moderno, parte de la crítica empieza a lamentar la pérdida de aquel espíritu, diríamos solidario, que llevaba a los músicos de épocas aún no lejanas a buscar toda clase de encuentros y colaboraciones como forma a la vez de diversión y de confrontación de las propias posibilidades. El "jazz" y sus principales adelantos y revoluciones técnicas y estilísticas deben no poco a ese sentir común, o, mejor dicho, a ese sentir que en cualquier momento todo se puede poner en común. En la comentada pérdida de ese espíritu estaría, pues, de seguir la opinión de quienes tal pérdida aprecian, la total desaparición del "jazz", la música más creativa y de más rápida evolución de nuestro siglo.

El problema está en si se puede seguir a pie juntillas esa opinión. Estimo que la cosa no es para tanto, y podría citar unos cuantos nombres, experiencias y acontecimientos que permiten mantener las esperanzas, por más que tenga que reconocer que la actitud de alguno de los grandes divos sea más bien desconsoladora. Pero lo que diga o crea yo, bien poco vale: los que tienen que demostrar que el ánimo de cooperación sigue en pie son los propios músicos.

sólo incide lo económico, sino lo social, y en él influye en forma creciente la oposición de la Iglesia católica por boca de algunos de sus más caracterizados obispos, como son monseñor Helder Cámara, así como Fragozo, Casaldáliga y el cardenal de Sao Paulo, don Paulo Evaristo Arns.

Quien desee conocer este difícil tema, debe leer este interesante y documentado libro del que fue durante muchos años profesor de la Universidad cató-

lica de Sao Paulo y que, con el también belga Joseph Comblin, son los mejores conocedores de la clave de este crecientemente poderoso país que, por sus riquezas, su dimensión y su posición geográfica, está llamado muy probablemente a tener un papel de primera línea en la marcha y desarrollo del Tercer Mundo. En él apreciará el lector la cara y la cruz del "milagro económico brasileño", y el proceso histórico hacia un episcopado cada vez

más progresivo social y políticamente, que ha evolucionado desde el integrismo más cerrado de bastantes representantes del episcopado del país a la actual postura claramente opuesta al Gobierno dictatorial y represivo de los militares.

Nosotros, desde nuestro pequeño escenario español en proceso de cambio, estamos llenos de dudas, vacilaciones y temores y debíamos mirar mejor fuera de nuestras fronteras, para no caer